

Faltaba decretado que el conde de Mazarin no recibiera aquí sino en
la tierra. La última corona de él y sus torres y muchos trabajos.
Trabajos todavía en esta obra, cuando Dios ha querido
llevarle a sí para darle, en un mundo mejor, esa corona que la
pobla y los guanos no olvidan, esa corona inimitable que
no será jamás borrada (1). Los que le amaban no se consola-
rán de haberle perdido: la Europa entera ha derramado lári-
mas por esta pérdida verdaderamente europea; y estas lágrimas
se renovarán sin cesar en los corazones generosos cuando li-
gendo la vista hacia las líneas semidesahucadas que terminan el
verdadero diálogo, las últimas que ha trazado, vean que con
la mano ya desahucada se ocupaba entonces de sostener la
luz más preciosa de nuestra época, el protestantismo de la
mostrar el peligro siempre creciente y de buscar sin duda re-
medios para él. Así es, como mirando hasta el último momento
a su divino modelo, ha trabajado su vida en obra el digno. Por-
tante bendecido. (Act. x. 38.)

(1) Theodorakis en sus obras de teatro, en cuyo día nació, cuando nació
fueron de él y sus hijos con el nombre de Mazarin. (Act. vi. 20.)

LAS VELADAS

DE

S. PETERSBURGO.

PRIMER DIALOGO.

Al fin de la jornada de uno de los días mas calorosos del mes de julio de 1809, remontaba yo el Neva en una chalupa, con el consejero privado de T..., miembro del senado de S. Petersburgo, y el caballero de B..., joven francés á quien los huracanes de la revolucion de su pais y una multitud de acontecimientos extraordinarios, habian llevado á esta capital. La estimacion reciproca, la conformidad de gustos, y algunas relaciones preciosas que existian por efecto de servicios y de la hospitalidad, habian formado entre nosotros una amistad íntima. Uno y otro me acompañaban ese dia á la casa de campo en donde pasaba yo el estío. Aunque situada en el recinto de la ciudad, se hallaba sin embargo bastante lejana del centro, para que no pudiera llamarse propiamente *campiña* y aun *soledad*; porque falta mucho para que todo este recinto se halle ocupado de edificios; y aunque los vacíos que se encuentran en la parte habitada se van llenando, no es posible preveer si las habitaciones avanzarán un dia hasta los límites trazados por el dedo atrevido de Pedro primero.

Eran próximamente las nueve de la tarde; el sol se acostaba dejando un tiempo soberbio; el débil vientecillo que nos impelia vino á espirar en la barca que vimos *balancear*. El pabellon que en lo alto del palacio imperial anuncia la presencia del soberano quedó de pronto tendido á lo largo del asta que lo sostiene, proclamando el silencio de los aires. Nuestros marineros tomaron

el remo; y les ordenamos nos condujeran con lentitud.

Nada es mas raro, á la verdad, pero nada mas encantador que una bella noche de estío en S. Petersburgo, sea que la larga duracion del invierno y la rareza de estas noches, haciéndolas mas apetecibles, les dan un encanto particular; ó que, como yo creo, sean realmente mas dulces y mas tranquilas que en los mas bellos climas.

El sol que en las zonas templadas, se precipita en el occidente, y no deja tras de si mas que un crepúsculo fugitivo, va rasanado aqui la tierra que parece abandona con sentimiento. Su disco cercado de vapores rojizos rueda como un carro encendido sobre los sombríos bosques que coronan el horizonte, y sus rayos reflejados por el vidriaje de los palacios, ofrecen á la vista del espectador la idea de un vasto incendio.

Los grandes rios tienen ordinariamente un lecho profundo y riberas escarpadas que les dan un aspecto salvaje. El Neva corre colmadas sus orillas, por medio de una ciudad magnífica: sus límpidas aguas besan el césped de las islas que abraza, y en toda la estension de la ciudad está contenido entre dos pretiles de granito, en línea recta hasta perderse de vista, magnificencia repetida en los tres grandes canales que recorren la capital, de que no hay ni modelo, ni imitacion en ninguna parte.

Mil chalupas se cruzan y surcan el agua en todas direcciones; á lo lejos se ven bageles estrangeros que pliegan sus velas y echan anclas. Traen al polo los frutos de las abrasadas zonas y todas las producciones del universo. Los brillantes pájaros de América vogan por el Neva entre bosquecillos de naranjos: y encuentran al llegar la nuez del cocotero, el ananas, la cidra, y todos los frutos de su tierra natal. El opulento ruso se apodera de seguida de las riquezas que se le presentan, arrojando el oro sin contarle, al ávido comerciante.

Ibamos encontrando de vez en cuando elegantes chalupas que retirados sus remos, se dejaban llevar dulcemente por el curso apacible de las hermosas aguas. Los remeros entonaban las canciones del pais, mientras que sus amos gozaban silenciosamente de la belleza del espectáculo y de la calma de la noche.

Cerca de nosotros trasportaba rápidamente una gran barca una boda de ricos negociantes. Un pabellon de carmesi, guarnecido de franjas de oro cubria la jóven pareja y á los parientes. Una música rusa encerrada entre dos filas de remeros trasmitia á lo lejos el sonido de sus ruidosos cornetines. Esta música no pertenece mas que á la Rusia, y es quizá la única cosa particular de un pueblo que no sea antigua. Muchas personas, que viven todavia, han conocido al inventor, cuyo nombre despierta cons-

tantemente en su patria la idea de la antigua hospitalidad, del lujo elegante y de los nobles placeres. ¡Melodía singular! emblema brillante hecho para ocupar al espíritu mas que al oido. ¿Qué importa al objeto que los instrumentos no sepan lo que hacen? Veinte ó treinta autómatas egecutando juntos producen un pensamiento extraño á cada uno de ellos; el mecanismo ciego en el individuo; el cálculo ingenioso, la imponente harmonía en el conjunto.

La estátua ecuestre de Pedro I se levanta á la orilla del Neva, á una de las estremidades de la inmensa plaza de *Isaac*. Su severo semblante mira al rio, y parece animar todavia esa navegacion creada por su genio fundador. Todo lo que el oido entiende, todo lo que contempla la vista en este soberbio teatro, no existe sino por un pensamiento de la poderosa cabeza que hizo salir de en medio de un terreno pantanoso tantos y tan magníficos monumentos. Sobre estas desoladas riberas, donde la naturaleza habia desterrado al parecer toda vitalidad, Pedro asentó su capital y se creó nuevos súbditos. Su terrible brazo se halla todavia estendido sobre su posteridad, que se agrupa al rededor de su augusta efigie: se le mira y no se sabe si esa mano de bronce protege ó amenaza.

A medida que nuestra chalupa se alejaba, se iba estinguiendo insensiblemente el canto de los bateleros y el confuso rumor de la ciudad. El sol habia descendido bajo del horizonte; nebulillas brillantes derramaban una dulce claridad, y un dorado crepúsculo que no puede pintarse, y que jamás he visto en ninguna parte. La luz y las tinieblas parecian mezclarse y entenderse entre si para formar el velo transparente que cubria entonces la campiña.

Si el cielo me reservára, en su bondad, uno de esos momentos tan raros en la vida, en que el corazon se halla inundado de alegría por alguna extraordinaria ó inesperada felicidad; si mi mujer, mis hijos, mis hermanos separados de mí por largo tiempo, y sin esperanza de reunion, hubieran de caer repentinamente en mis brazos, quisiera, si, quisiera que fuese en una de esas bellas noches, sobre las orillas del Neva, en presencia de los hospitalarios rusos.

Sin comunicarnos nuestras sensaciones, gozábamos deliciosamente de la belleza del espectáculo que nos rodeaba, cuando el caballero de B... rompiendo bruscamente el silencio, dijo: «Quisiera ver aqui, en esta misma barquilla en que nos hallamos, á uno de esos hombres perversos, nacidos para desgracia de la sociedad; á uno de esos monstruos que oprimen la tierra...»

«¿Y qué hariais con él, preguntaron á la vez sus dos amigos?» — «Yo le preguntaria, replicó el caballero, si le parecia tan bella esta noche como á nosotros.»

La exclamacion del caballero nos habia sacado de nuestro éxtasis: su estraña idea suscitó desde luego entre nosotros la siguiente conversacion, cuyas consecuencias interesantes estábamos lejos de preveer.

EL CONDE.

Mi querido caballero, los corazones perversos, no tienen jamás ni bellas noches, ni bellos dias. Pueden distraerse, ó mejor aturdirse; pero jamás disfrutan de goces efectivos. Yo no les conceptuo susceptibles de las mismas sensaciones que nosotros. Por lo demas, quiera Dios alejarlos de nuestra barca.

EL CABALLERO.

¿Creeis que los malvados no son felices? Yo lo creeria asi de buena gana; sin embargo, oigo decir diariamente que todo les sale bien. Si asi fuera, sentiria que la Providencia hubiese reservado enteramente para el otro mundo el castigo de los malvados y la recompensa de los justos: me parece que no estaria de mas que pagasen algo á cuenta en esta misma vida. Esto me haria concebir al menos que los malvados, como creeis, no fueran susceptibles de ciertas sensaciones que nos encantan. Confieso que no veo claro en este asunto. Me debiais decir vuestra opinion, vosotros que sois tan fuertes en este género de filosofia.

A mí que criado en los campos desde mi tierna infancia,
Dejé siempre á los cielos cuidar de su venganza,

confieso que no estoy bastante informado de la manera con que Dios se complace en ejercer su justicia, aunque, á decir verdad, reflexionando en lo que pasa en el mundo, paréceme, que si castiga en esta vida, al menos no se da prisa en hacerlo.

EL CONDE.

A poco que lo deseais, podremos muy bien consagrar la velada al exámen de esa cuestion, que no es difícil en si misma, pero que ha sido embrollada por los sofismas del orgullo y de su hija primogénita la irreligion. Yo echo de menos aquellos *simposiacos* de que la antigüedad nos ha dejado algunos monumentos preciosos. Las damas son amables sin duda; es menester vivir con ellas para no hacernos agrestes. Las sociedades nume-

rosas tienen tambien su mérito, y es menester prestarse á ellas oportunamente; pero cuando se han cumplido todos los deberes impuestos por la costumbre, encuentro muy bueno que los hombres se reúnan algunas veces para razonar, aun en la mesa. No sé porque no imitamos en esta parte á los antiguos. ¿Creeis que el exámen de una cuestion interesante no ocuparia el tiempo que se emplea en la mesa de una manera mas útil y mas agradable que en los discursos ligeros ó reprobables que animan el nuestro? Era, á mi parecer, bella idea la de hacer sentar á Baco y á Minerva á la misma mesa, para impedir al uno que fuese libertino y á la otra que fuera pedante. Nosotros no tenemos á Baco, y por otra parte nuestra pequeña *simposia* lo rechaza espresamente; pero poseemos una Minerva mucho mejor que la de los antiguos; invitémosla á tomar té con nosotros; es afable y no desea el estruendo; espero que vendrá.

Veis ese pequeño cenador sostenido por cuatro columnas chinescas encima de la entrada de mi casa; mi gabinete se abre hácia esta especie de belvedere, que podreis llamar un gran balcon; allí es donde, sentado en mi sillón antiguo de brazos, aguardo tranquilamente la hora de dormir. Dos veces castigado, como sabeis, por los golpes de la fortuna, no tengo derecho á lo que vulgarmente se llama *felicidad*: os confieso que antes de haberme fortalecido con saludables reflexiones, me ha sucedido muchas veces el preguntarme á mí mismo: *Qué me queda ya?* Pero la conciencia á fuerza de responderme, que yo mismo, me ha hecho avergonzarme de mi debilidad, y desde hace mucho tiempo ni aun me he atrevido á quejarme. Allí, sobre todo, en mi observatorio es donde encuentro momentos deliciosos. Unas veces me entrego á sublimes consideraciones; el estado á que por grados me conducen está lleno de encantos. Otras evoco, cual inocente mágico, las sombras venerables que fueron otro tiempo para mi divinidades terrestres, á quienes hoy invoco como genios titulares. Muchas veces creo que me hacen señas, pero cuando me dirijo hácia ellas, encantadores recuerdos me traen á la memoria lo que poseo todavia, y la vida me parece tan hermosa como si me encontrara en la edad de las esperanzas.

Quando mi corazón oprimido me pide tranquilidad, la lectura viene en mi auxilio. Todos mis libros los tengo allí á la mano: pocos me faltan; porque hace ya largo tiempo que estoy convencido de la completa inutilidad de muchas obras que gozan todavia de gran reputacion...

Habiendo desembarcado los tres amigos y tomado su asiento alrededor de la mesa de *thé*, volvió á tomar su curso la conversacion.

EL SENADOR.

Me alegro de que la ocurrencia que ha tenido el caballero haya dado origen á la idea de una *simposia* filosófica. El objeto que tratamos no puede ser mas interesante: la *felicidad de los malvados, la infelicidad de los justos*. Este es el grande escándalo de la razon humana. ¿De qué manera podriamos emplear mejor una velada que consagrándola al exámen de ese misterio de la metafísica divina? De este modo nos veremos conducidos á sondear, al menos en la parte que es permitido hacerlo al hombre, *el conjunto de los caminos de la Providencia en el gobierno del mundo moral*. Pero os advierto, Sr. Conde, que podria sucederos, como á la sultana *Schéerazade*, de no haber concluido en una sola velada: no quiero decir con esto que hagamos hasta *mil y una*; esto seria proceder indiscretamente; pero al menos volveremos aqui mas á menudo de lo que imagineis.

EL CONDE.

Acepto lo que me decís, mas bien como un acto de finura, que como una amenaza. Por lo demas, señores, os iré contestando al uno ó al otro segun os dirijais á mi. Ni pido, ni acepto la parte principal en nuestra conversacion; pondremos, si os parece, en comun nuestros pensamientos: yo no comienzo sino con esta condicion.

Hace largo tiempo, señores, que nos quejamos de la Providencia en la distribucion de los bienes y de los males; pero confieso que no han hecho nunca la menor impresion en mi alma estas dificultades. Veo con una certidumbre de intencion, y doy por ello humildemente gracias á la Providencia, que bajo este punto el hombre SE ENGAÑA en toda la fuerza del término y en el sentido natural de la espresion.

Quisiera poder decir como Montaigne: *el hombre se engaña á si mismo*, porque esta es la verdad, si; no hay dada alguna, el hombre se engaña; se burla de si mismo; toma los sofismas de su corazon, naturalmente rebelde, así es la verdad, como dudas positivas nacidas en su entendimiento. Si algunas veces la supersticion cree creer, como se le ha echado en cara muchas veces, estad seguros de ello, el orgullo cree no creer. Este es el hombre que se engaña siempre; pero en el segundo caso es mucho peor.

En fin, señores, no hay asunto sobre el que me crea mas fuerte que el del gobierno temporal de la Providencia; así que

voy á esponer, con perfecta conviccion, con mucho gusto, á dos personas á quienes amo tiernamente, algunos pensamientos útiles, que he recogido en un camino largo ya, de una vida consagrada enteramente á estudios sérios.

EL CABALLERO.

Yo os escucharé con el mayor placer, y no dudo que nuestro comun amigo os concederá la misma atencion; pero os suplico me permitais que comience por argüiros antes que hayais comenzado, y no me acuseis de *responder á vuestro silencio*; porque este es como si hubiéseis hablado ya, y yo sé muy bien lo que vais á decirme. Estais sin duda ninguna á punto de comenzar por donde concluyen los predicadores, por la *vida eterna*. «Los malvados son dichosos en este mundo; pero serán atormentados en el otro: los justos, por el contrario, sufren en este, pero serán dichosos en el otro.» Esto es lo que se dice por todas partes. ¿Y por qué os ocultaré que esta respuesta decisiva no me satisface plenamente? Espero que no creereis que trato de destruir ó debilitar esta gran prueba; pero me parece que no perjudicaria el añadir otras.

EL SENADOR.

Si el caballero es indiscreto ó demasiado precipitado en lo que acaba de decir, confieso que yo lo soy tanto como él; porque estaba á punto de objetaros lo mismo antes de que hubiéseis establecido la cuestion, ó si quereis que os hable formalmente os suplico que salgais de caminos trillados. He leído á muchos de vuestros escritores ascéticos de primer orden, á quienes venero infinito; pero haciéndoles la justicia que se merecen, veo con disgusto en esta gran cuestion, que sobre los caminos de la justicia divina en este mundo, parecen pasar como sobre ascuas sobre este hecho y convenir en que no hay medio de justificar á la Providencia divina bajo este aspecto. Si esta proposicion no es falsa, al menos me parece estremadamente peligrosa; porque hay gran peligro en dejar creer á los hombres que la virtud no será recompensada ni el vicio castigado sino en la otra vida. Los incrédulos, para quienes este mundo lo es todo, no piden otra cosa, y la multitud misma debe ser colocada en la misma línea: el hombre es tan distraido, tan dependiente de los objetos que le llaman la atencion, tan dominado por sus pasiones, que vemos todos los dias al creyente mas sumiso, prescindir de los tormentos de la vida futura por el placer mas miserable. ¿Qué no hará aquel que no cree, ó que cree débilmente? Apoyémonos

pues tanto como nos sea posible en la vida futura, que responde á todas las objeciones; pero si existe en este mundo un verdadero gobierno moral, y si en esta misma vida debe temblar el crimen, ¿por qué descargarle de este temor?

EL CONDE.

Pascal observa en cierta parte que *la última cosa que se descubre al componer un libro, es la de saber cual debe colocarse la primera: yo no hago un libro, mis buenos amigos, pero yo comienzo un discurso que quizá sea largo, y tal vez hubiera dudado en adoptar el principio: felizmente me habeis libertado de este trabajo; porque vosotros mismos sois quienes me habeis enseñado por dónde debo empezar.*

La espresion familiar que no puede dirigirse sino á un niño ó á un inferior, *no sabeis lo que os decís*, es sin embargo el cumplimiento de un derecho que tendria un hombre sensato al dirigirla á la multitud que se pone á disertar sobre las delicadas cuestiones de la filosofía. ¿Habeis oido jamás, señores, quejarse á un militar de que en la guerra no caen los golpes sino sobre los hombres de bien, y que basta ser un malvado para ser invulnerable? Yo estoy seguro de que no; porque en efecto todos saben que las balas no distinguen de personas. Yo tendria derecho á establecer por lo menos una comparacion perfecta entre los males de la guerra con relacion á los militares y los males de la vida en general con relacion á todos los hombres; y suponiéndose exacta esta comparacion, bastaria por sí sola para hacer que desapareciera una dificultad fundada en una falsedad manifiesta; porque no es solamente falso, sino evidentemente falso que *el crimen sea en general dichoso, y la virtud desgraciada en este mundo*: es al contrario, de la mayor evidencia que los bienes y los males son una especie de loteria en que cada uno sin distincion puede sacar un billete blanco ó negro. Convendria, pues, cambiar la cuestion y preguntar *¿por qué en el orden temporal, no se halla el justo libre de los males que pueden afligir al culpable: y por qué el malvado no está privado de los bienes que puede disfrutar el justo?* Pero esta pregunta es todo diferente de la otra, y me admirará mucho si su simple enunciacion no os demuestra lo absurdo de ella; porque es una de mis ideas favoritas que el hombre recto está advertido ordinariamente, por un sentimiento interior, de la falsedad ó de la exactitud de ciertas proposiciones sin previo exámen, muchas veces aun sin haber tenido los estudios necesarios para hallarse en estado de examinarlas con perfecto conocimiento de causa.

EL SENADOR.

Yo estoy tan conforme con vuestra opinion, y soy tan afecto á esa doctrina, que quizá la he exagerado al llevarla á las ciencias naturales; sin embargo, puedo al menos hasta cierto punto, invocar la esperiencia. Mas de una vez me ha sucedido, en materia de fisica ó de historia natural, haberme chocado sin saber por qué, ciertas opiniones acreditadas, que he tenido despues el placer, que lo es en efecto, de verlas atacadas, y aun puestas en ridículo por hombres profundamente versados en las mismas ciencias, de cuyo conocimiento no me envanezco como sabeis. ¿Creeis que sea necesario ser igual á Descartes para tener derecho á burlarse de sus torbellinos? Si se me viene á contar que el planeta que habitamos no es mas que un pedazo del sol, arrebataado hace millones de años, por un cometa estravagante que corria el espacio; ó que los animales se hacen como las casas, poniendo esta junto á la otra, ó que todas las capas de nuestro globo no son mas que el resultado casual de una precipitacion química, y otras cien cosas como esta que se han hecho correr en nuestro siglo, se necesita haber leído mucho, haber reflexionado mucho; se necesita pertenecer á cuatro ó cinco academias para conocer la estravagancia de estas teorías? Voy mas lejos; creo que las cuestiones mismas que tienen relacion con las ciencias exactas, ó que parecen descansar enteramente en la esperiencia, la regla de la conciencia intelectual no es mucho mas nula para aquellos que no se encuentran iniciados en esta clase de conocimientos; lo que me ha inducido á dudar, os lo confieso en voz baja, de muchas cosas que pasan generalmente por ciertas. La esplicacion de las mareas por la atraccion lunisolar, la descomposicion y recomposicion del agua, y otras teorías que podria citaros y que hoy pasan como dogmas, se niegan absolutamente á entrar en mi espíritu, y me siento invenciblemente inclinado á creer que vendrá algun dia un sábio de buena fé á enseñarnos que estábamos en el error sobre tan grandes objetos, ó que no eran conocidos. Me direis quizá (porque la amistad tiene derecho para ello): *es pura ignorancia de vuestra parte*. Yo me lo he dicho mil veces á mi mismo. Pero decidme, ¿por qué no seré tan indocil á otras verdades? Yo las creo bajo la palabra de los maestros, y jamás se levanta en mi espíritu una sola idea *contra su fé*. ¿De donde procede, pues, ese sentimiento interior que se rebela contra ciertas teorías? Se apoyan en argumentos que yo no podria echar por tierra, y sin embargo esa conciencia de qu

hablamos no me dice menos: *quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.*

EL CONDE.

Señor senador, hablais en latin, aunque aqui no vivimos en un pais latino. Está muy bien que hagais escursiones á tierras estrangeras; pero debiérais haber añadido por regla de urbanidad, con permiso de nuestro caballero.

EL CABALLERO.

Vos me adulais, señor Conde: sabed que no estoy tan reñido como creéis con la lengua de la antigua Roma. Es verdad que he pasado el fin de mi buena edad en los campos, donde se cita poco á Ciceron; pero la he comenzado en un pais en que la educacion empieza casi siempre por el latin. Yo hé comprendido muy bien el pasage que acabo de oír, aun cuando no sé á lo que pertenece. Por lo demás, no tengo la pretension de ser en este punto ni en otros muchos igual al señor Senador cuyos grandes y sólidos conocimientos respeto... y tendria derecho á decirme con énfasis;

Ve á decir á tu patria
que aun hay alguna ciencia
en las playas de Escitia.

Peró permitid, señores, al mas jóven de nosotros que os conduzca al camino del que tan impropriamente nos hemos extraviado. No sé como ha sido que de la Providencia viniéramos á caer sobre el latin.

EL CONDE.

De cualquier objeto que se trate, amigo mio, siempre se habla de ella. Por otra parte, una conversacion no es un libro; y aun quizá vale mas que un libro, precisamente porque permite alguna amenidad. Mas para volver á entrar en nuestro objeto por donde nos hemos separado de él, no examinaré en este momento, hasta qué punto puede uno fiarse de ese sentimiento interior que el señor Senador llama con gran propiedad, *conciencia intelectual.*

Y me permitiré menos todavia, discutir los ejemplos particulares á que la ha aplicado; estos detalles nos separarian demasiado de nuestro objeto. Diré solamente que la rectitud del corazon y la pureza habitual de intencion, pueden ejercer secretas influencias y producir resultados que se estienden mucho

mas lejos, de lo que comunmente se imagina. Estoy muy dispuesto á creer que entre personas tales como las que me escuchan, el instinto secreto de que hablábamos acertará muchas veces aun en las ciencias naturales; pero me inclino á créerle casi infalible cuando se trata de filosofia racional, de moral, de metafisica y de teologia natural. Es infinitamente digno de la suprema sabiduria, que todo lo ha creado y arreglado, el haber dispensado al hombre la ciencia de todo lo que verdaderamente le interesa. He tenido, pues, razon, al asegurar que una vez establecida con exactitud, la cuestion que nos ocupa, la determinacion interior de todo espíritu bien formado debia preceder necesariamente á la discusion.

EL CABALLERO.

Paréceme que el señor Senador aprueba, pues que nada objeta. En cuanto á mí he profesado siempre por máxima, no contradecir jamás las opiniones útiles. Que hay una conciencia para el espíritu, como la hay para el corazon, que un sentimiento interior conduce al hombre de bien, y lo pone en guardia contra el error en las mismas cosas que parecen exigir un aparato preliminar de estudios y de reflexiones, es una opinion muy digna de la sabiduria divina, y muy honrosa para el hombre: no negar nunca lo que es útil, ni sostener jamás lo que podria ser dañoso, es á mi juicio una regla sagrada que deberia sobre todo conducir á los hombres cuya profesion les separa como á mí de los estudios profundos. No espereis, pues, ninguna objecion de mi parte: sin embargo, sin negar que el sentimiento ha tomado partido ya en mí, no dejaré por eso de suplicar al señor Conde que se dirija á mi razon.

EL CONDE.

Lo repito, yo no he comprendido jamás ese eterno argumento contra la Providencia, tomado de la infelicidad de los justos, y de la prosperidad de los malvados. Si el hombre de bien sufriera porque es hombre de bien, y el malvado prosperase tambien por que es malvado, el argumento no tendria solucion; pero cae á tierra por su peso si se supone solamente que el bien y el mal se han distribuido indiferentemente á todos los hombres. Pero las opiniones falsas se asemejan á la moneda falsa, que acuñada al principio por grandes criminales, es consumida despues por gentes honradas, que perpetuan el crimen sin saber lo que hacen. La impiedad ha hecho gran ruido con esta objecion; la ligereza y la hombria de bien la han repetido: pero en la realidad no